

CAPÍTULO XXII.

LA ISABELA Y CUBA.

IMAGÍNESE cuál efecto haría en Colón el hallazgo de tierra tan grande y hermosa como Cuba en mares donde únicamente había encontrado isletas ó islitas, según llama en su diario á los primeros encuentros. El genio intuitivo suyo empezó á columbrar las enseñanzas geológicas de nuestra edad, al ver que todas las islas por ley general se tendían en lo largo de Oriente á Poniente y se angostaban de Norte á Mediodía, como restos ó fragmentos de una tierra firme hundida en lo profundo, al impulso del terremoto, al estrago del fuego creador y destructor á un mismo tiempo, al eterno choque de las aguas con los estriados y porosísimos escollos. Así no debe maravillarnos la creencia suya de hallarse ante la tierra firme y continental, cuando se halló ante Cuba, tomada hoy por los escudriñadores de la geología moderna cual un pedazo del continente, que debió dilatarse desde la península del Yucatán ó desde los territorios de la Florida, en busca de otra tierra como la nunca olvidada é inolvidable Atlántida, sobre cuyos restos sumergidos el Océano extiende hoy su infinita soledad y levanta su monótono bramido. El hallazgo en Cuba de los gigantes Megalonicos, continentales por su naturaleza, que no pudieron pertenecer sino á la

tierra firme, con la cual pudo estar unida por medio de los amplios istmos llamados restingas, dice como el fabuloso cuento de las tierras anegadas en el Océano renace como una verdad histórica y pasa de los etéreos cielos del arte á los comprobados experimentos del saber. Con efecto, sabios naturales de Cuba, consagrados al estudio de la tierra natal desde su juventud, nos enseñan en sus disquisiciones científicas, como los dientes fósiles de hipopótamos recogidos en capas de tierra prehistórica; y las dos paredes colosales del Abra de Matanzas por el tiempo abiertas; y los lagos, hoy secos y exhaustos, componentes del deleitoso valle de Yumurí, prueban que perteneció Cuba en otro tiempo al continente americano y que, para crearla tierra firme, Colón se fundaba, no sólo en las proporciones continentales casi del aislado territorio, en las noticias parecidas á consejas de los pobres indios. Tantos restos fósiles encontrados en las capas geológicas postpliocenas dicen cómo el continente y Cuba estuvieron unidos quizá por los tiempos en que los dos cabos del estrecho de Gades aparecían juntos y en que las cordilleras atlántidas levantaban sus cumbres sobre las aguas. Pero sigamos al descubridor en sus descubrimientos. El día 12 de Octubre halló Colón la isla de San Salvador. El día 15 de Octubre zarpó hacia la isla que apellidó de la Concepción y desde ésta á la que dió el nombre de Fernandina. El día 19 de Octubre descubrió la Isabela. En la primera y segunda isla observó sobre todo el estado primitivo y natural de los indios desnudos é inocentes, que miraban los objetos colocados ante su vista con una curiosidad, á la cual podríamos llamar pueril por característica de los niños; en la segunda isla observó, como ya hemos dicho, algún ascenso de la vida y de su graduado desarrollo, por el hallazgo de objetos, debidos á los rudimentarios primeros esfuerzos de la industria; en la tercera isla una pureza del aire incomparable y una irradiación misteriosa del éter y una transparencia cristalina de las aguas y un aroma de las flores oliente á gloria y un sabor de los frutos y

unos colores del horizonte tales que le transportaron de gozo y le imbuyeron por los poros el contento de la verdadera salud y por el espíritu los efluvios de una indecible poesía. Llamó en estas visitas principalmente su atención, entre los vegetales el denominado sinaloe, y entre los animales el denominado inagua. Como proviene del Asia oriental aquella planta, según le mostraban sus nociones botánicas, cuya escasez en más de una ocasión deplora, mirábala Colón muy preferentemente, y atendía mucho á investigar si abundaba ó no en los recién inventados campos aquellos. Nudoso el tronco, el ramaje corpulentísimo, la color de sus hojas oscura, y parecidos á cerezas sus frutos, la savia de sabor amarguísimo, la goma destilada por sus fibras y el perfume despedido por su madera muy fragantes, admitíase, tanto en la medicina y en la farmacopea de aquellos tiempos, que hubo de inscribirla Colón en el escueto diario donde iba registrando cuantos objetos curiosos observaba su penetración agudísima. No menos digno de recuerdo el animal á que llamaba inagua, exclusivo de aquellas tierras é ignorado en las nuestras, de carácter anfibio, aprovechado también para un aceite medicinal, y gustado por los naturales, y aun por los descubridores, puesto que Las Casas dice habérselos visto comer sin participar de tal guisado repulsivo á su estómago, y Acosta en su *Historia de las Indias* exclama, tras haber hablado de algunos otros alimentos: «hasta mejor comida es la de iguana, aunque su vista es bien asquerosa, pues parecen puros lagartos de España.»

Discurriendo en aquellos mares, dos afectos bien contradictorios poseían al descubridor: la infinita satisfacción por todo cuanto descubría y el triste desengaño de no dar por parte alguna con el oro apetecido. Así apunta los productos que le traían los salvajes; y á cada paso plañe con verdadera ingenuidad la inopia de los codiciadísimos metales, lamentada y plañida. La primera tribu llevaba ovillos de algodón hilados y cotorras y flechas y otras cositas «que sería tedio de escribir», y aunque

trabajaba por ver si había oro, y notó que algunos traían un pedazuelo colgado de un agujero abierto en las narices, no halló cosa de provecho. Interrogó á los favorecidos y adornados acerca del criadero de su oro, y pudo colegir de las respuestas, dadas con gestos, no con palabras, la existencia de áureas arenillas en aquellos lugares y de vasos ó jarrones en tierras próximas, por un monarca poderosísimo dominadas y sitas hacia la parte del Mediodía. Quiso Colón obligarles á que le llevaran hacia ese nuevo Eldorado los informadores ó noticieros; y en seguida le demostraron que no entendían cosa ninguna en tal ida. Mas industrióle todo lo conocido y observado en la necesidad imprescindible de andar hacia el Sur, y por esta deducción persuadido, se determinó á tal rumbo, en la creencia firme de que hallaría pronto á mano la isla de Cipango, pintada con minuciosidad por Marco Polo, como un criadero de metales preciosos, y sita unas mil quinientas millas de la tierra firme india. Nadaban como tritones los indios del Salvador en torno suyo y le ofrecían claras aguas con sabrosos frutos; pero nada más, nada, ni un adarme de oro. Solamente Cipango podía satisfacer esta necesidad. Pero no dió con los Cresos de Cipango, dió nuevamente con salvajes en la Concepción. Sin embargo, los noticieros de Salvador habíanle dicho como llevaban los naturales de esta islita «muchas anillas de oro y muy grandes á los brazos y á las piernas.» Pero el descubridor añade melancólicamente: «Yo bien creí que todo lo que decían era burla para se fugir.» Y en efecto, habiendo tomado á bordo varios hombres en San Salvador y uno encontrado en canoa entre San Salvador y la Concepción, huíanse los cuitadísimos á nado, en cuanto capitanes y tripulaciones tenían el menor descuido y marraban en las necesarias vigilancias. Así encontraron un salvaje, que iba en canoa ó almadía muy apresurado hacia ellos, con ánimo de rescatar cierto algodón en ovillo. Y como le brindasen con amistad los marinos al embarque en la carabela y se resistiese con empeño, echáronse algunos al agua y lo apresaron. El Almirante,

puesto en la popa, llamó al indio, y conociendo cómo necesitaba mover el ánimo de los naturales con espectáculos, ornóle muy grotescamente, á manera de arlequín veneciano y lo expidió al campo sin tardanza. Púsole un gorro colorado á la cabeza, unas cuentecillas de vidrio verde al brazo, unos muy sonantes y muy dorados cascabeles en guisa de zarcillos á las orejas; y así lo despidió para que viesen los desnudos habitantes de aquellos parajes quién había llegado á visitarles y cuántas cosas por ellos desconocidas les aportaba y traía. Conforme andaba Colón iban recreándole aquellas islas, muy verdes y fértiles, el mar claro y el roquedo brillante, y el aire dulcísimo y el cielo azul; pero no quiere calar, sino andarse á otras en busca del oro, pues todo lo encontrado se redujo á un poco de pan como el puño, y á una calabaza de agua, y á un pedazo de tierra bermejísima hecha polvo primero y después amasada, y á unas hojas secas en estimación allí tenidas, mostrado todo por un indio, á quien dió el Almirante mieles y bizcochos muy regalados, soltándolo en seguida para que se hiciese lenguas de los recién venidos y los loara como le pluguiera doquier fuese y hablase. Con efecto, los indios de todos aquellos cayos, sabedores por los expedidos, y aun por los escapados, del carácter de los huéspedes, iban en sus almadías ó canoas alrededor de las carabelas, ofreciendo ricas aguadas de sus copiosos manantiales, que aceptaba Colón de grado para llenar en las bodegas los barriles, con lo que muchísimo se holgaban los naturales, quienes tras el obsequio suyo recibían en pago sonajas de las que valen un maravedí en Castilla y agujetas más baladíes aún que las sonajas y mieles de azúcar. Esquivando los escollos, muy frecuentes en el archipiélago bahámico, y corriendo desalado en pos del oro, circunvalaba las islas y descubría varias gentes mercantiles y regateadoras, que le llevaban paños de algodón hechos como mantillos. Árboles muy disformes de los nuestros, que teniendo un solo pie y tronco, echaban por un lado ramas de elentisco y hojas de cañaverales por otro, sin estar injertos; peces pintados con los

más finos colores del mundo; y otros objetos así le divertían del dolor despertado por la escasez del oro. En otros puntos encontraba casas parecidas á los alfaneques ó tiendas de los campamentos europeos, con humeros muy anchos y muy altos, pero lo más extraño en concepto suyo fué cierto pedacito de oro encontrado en unas narices, el cual pedacito llevaba impresos lecturillas, cosa muy de averiguar, pero que no pudo averiguarse por haber descuidado pedirle, ó por lo menos comprarlo, el acompañamiento de Colón, que lo viera en ausencia de éste.

Por fin, el 18 de Octubre, después de haber navegado en derredor de la Fernandina cuanto le pidió el gusto, surgió á tiempo que no era de bogar ya, y en amaneciendo, izó las velas, y zarpó de allí. Con efecto, encontró la isla que le decían los indios llena de oro, y no se cumplieron los decires. Alguno que otro pedacillo le llevaron; pero tan diminuto que no valía la pena. Y sin embargo, cuanto más aumentaban las burlas del impaciente deseo por los ejemplos de la triste realidad, menos de sus afirmaciones los indios desistían, emperrados en decir que imperaba por allí un potentado riquísimo, el cual se parecía en llevar traje á los españoles y sobre tal traje un verdadero tesoro. Dos noches Colón estuvo aguardando á que apareciese con su vestido el monarca, y le trajese, ó bien oro de nativa pureza, ó bien cualquier cosa de sustancia; pero solamente vió indios desnudos, de igual especie y familia que los otros ya encontrados en su camino, con pintarrageos blancos y encarnados y prietos, iguales todos arreo, exceptuando algunos, los cuales traían pedacitos de oro en la nariz, «mas es tan poco, dice Colón, que no es nada.» El sentido más regalado en esta exploración de la Isabela fué sin duda el olfato. Parecía un pomo la isla entera de aromas embriagadores al descubridor. Mil especierías exhalaban esencias por allí, cuando el olor aromaba en todas direcciones leguas y más leguas, hinchiendo el aire. Así maneras increíbles de árboles, esencias nunca olidas antes, frutas de un sabor especial aparecían por doquier, encantando la vista y regalando el olfato, sin que

tuviera medio alguno de calificarlas por sus cualidades ni ponerles adecuado nombre ni clasificarlas con lógica ni definir las con exactitud, falto de nociones científicas previas en que apoyar su observación y estudio, por todo lo cual sentía él acerbísima pena, expresada en ayes y quejas de una intensa elocuencia, cuyos ecos todavía nos conmueven, agrandados por la distancia en el tiempo y por la magnitud de una empresa que se agiganta con la dilatación de los espacios. Ni el Salvador, ni la Concepción, ni la Fernandina, ni la Isabela, ni otro ningún islote de los encontrados en aquella travesía y recorridos en sabia circunvalación, correspondieron al fantasma de Cipango, dibujado por las historias medioevales en la retina y en la idea de Colón, como un paraíso de varia flora y como un tesoro donde podían cogerse á manos llenas ricos metales y brillante pedrería. Así, después de haber navegado por espacios tantos sin haber obtenido el oro tan buscado, no era en sentir del piloto cosa de razón calar allí, deteniéndose y holgándose, sino seguir sin reposo, hasta topar con tierra de mayor provecho, como aquella Cuba, cuyo nombre se oía en todas las brisas, porque vibraba en todos los labios.

Una de las dificultades mayores encontradas por el descubridor, consistía en la ignorancia del idioma usado por cada tribu en cada sitio. Él mismo dice que lo deducía todo de las señas vistas, en la imposibilidad completa de alcanzar y entender las palabras oídas. Así tomaba el nombre bohío por ciudad, cuando significaba un albergue cualquiera; y el nombre naca lo trabucaba por el grande Kan, que traía en mientes, cuando significaba en medio; y traducía babeque por imperio, sin pensar en su ignorancia pudiese decir otra cosa cualquiera. Pero sigamos. Á media noche del 24 de Octubre levó anclas de la Isabela, y se dirigió á la isla que llamaban Cuba los naturales y que llamaba él, según sus confusas nociones y sus fantásticos mapas, isla de Cipango. Llovió toda la noche con violencia y venteó con estruendo. Al amanecer calmaron lluvia y ventarrón. La brisa